

EPOCA SEGUNDA

LIBRO OCTAVO

MUNDO OCCIDENTAL.—EMIGRACIONES

FUENTES: Riancey, Herodoto, Homero, Tucídides, Diodoro de Sicilia, Dionisio de Halicarnaso, Estrabon, Virgilio, Cantú, *Historia Universal*; Nieburh, *Historia romana*; Michelet, *Historia romana*; Poibson, *Compendio de Historia antigua*; Raoul, Rochette, *Historia crítica de las colonias griegas*; M. de Humboldt, *Prüfung der untersuchungen über die urbevölker Hispaniens* (Exámen de las investigaciones sobre los primitivos habitantes de España); Balbi, *Atlas etnográfico*, Amadeo Thierry, *Historia de los galos*; el profeso: Ruhl von Littensien, cuya obra resume con bastante claridad la cuestion de las razas pelásgicas, *Zur geschichte der Pelasger und Etrusker*, etc. (Historia de los Pelasgos y Etruscos, etc.); M. Pictet, *Los Argas primitivos*; Ernesto Burnouf, *Ensayo sobre el Veda*; Cenac-Moncault, *Historia de los Pirineos*; el baron Roget de Belloquet, *Etnogenesia gala*; Noel des Bergers, *La Etruria y los etruscos*; conde de Condestabile, *Discorso degli etruschi*; Eg. Bumont, *Historia romana*.—Los Vascongados, por Rodríguez Ferret (1).

CAPÍTULO I

Caractéres generales de las razas jaféticas.—La raza jafética en Occidente.—Primera emigracion aryaná: los javanas.—Época y ruta de la emigracion.—Orígenes.—Caractéres generales.—Las dos grandes corrientes europeas.—Los hombres del Norte; los hombres del Mediodía.—Instituciones occidentales: las Res-publicas; exclusion de las castas; pérdida de las tradiciones religiosas primitivas; la libertad.—Restos de semejanza con el Oriente.

Si apartando la vista del Oriente, cuna de la humanidad, asiento de los primitivos imperios, dirigimos ahora nuestras miradas sobre las vastas comarcas del Occidente, tierra abandonada á las incursiones de las naciones, va á ofrecérsenos un nuevo espectáculo. Es un nuevo mundo el que tenemos que explorar.

Hasta el presente la escena ha estado circunscrita á los límites del Asia; apenas se ha extendido á las costas del Mediterráneo y al

valle del Nilo. Ahora la Europa va á manifestarse á la vida.

La Europa es el suelo privilegiado de la raza de Jafet, de la raza audaz (1), dominadora. Oyó el oráculo de los primeros días, y mientras que los hijos de Sem se fijaron en las regiones más próximas al punto de partida, mientras que los hijos de Cam, vagabundos y errantes, se predisposieron á la esclavitud, ella se preparará, por sus largas y trabajosas emigracio-

(1) *Riancey*, t. II-407.
TOMO II

(1) *Audax Japeti genus*. (Ovidio, *Metam.*)
107



nes, á los grandes destinos que le están reservados; sabe que un día habitará en las tiendas de Sem, y ningun trabajo le cuesta abrirse paso á este porvenir.

Así, pues, Jafet abandonó felizmente las llanuras de Sennaar; no atendió, para alejarse de Babel destruida, que el yugo de Nemrod insultó á su amor á la libertad; partió lanzando sus fieras tribus en todas las direcciones, despreciando los obstáculos y encontrando en ellos ocasion de fortalecerse y hacerse más aguerrida.

Ya lo hemos visto: los hijos del patriarca establecieron en la Bactriana el imperio de los Aryas, los bravos, los fieles, después descendieron á la India y conquistaron á los negros y á los amarillos.

Hé aquí que es necesario investigar hacia Norte y hacia Occidente las huellas de sus más aventureras tribus. Estos guerreros, armados desde luego para la defensa de las fronteras, ó bien enviados á la descubierta como la primavera sagrada de la nación (1), son los jóvenes (*juvenes*) (2), los yovanas, los iouni. Los ancianos de la tierra confiaban en que su valor sabría llevar muy lejos el renombre, las costumbres y las instituciones de la familia jafética.

Empiezan su obra, y desde la Aryana primitiva reinaron, por un lado, hasta la Lituania, la Germania, las Galias; por otro, hasta Italia, Grecia y España (1). ¿Encontrarán delante de sí espacios completamente desocupados? Entonces serán felices, porque la ocuparán sin riesgo ninguno. Quizá ya, en ciertas comarcas, las hordas malditas de Cam les habrán precedido; entonces tendrán lugar luchas y conquistas,

(1) *Ver sacrum*, primavera sagrada era el nombre dado por los antiguos á las colonias de jóvenes que abandonaban la madre patria é iban á formar establecimientos lejanos.

(2) *Juvenis á juvando*, qui ad eam ætatem pervenit ut juvare possit; este es el auxilio de la nación primera. (Pictet, *Los Aryas*, op. cit.)

(3) M. Petit hizo un ingenioso diseño que representa el desenvolvimiento de la raza aryana sobre el mundo. Es una elipse prolongada, cuyo centro ocupa la Bactriana; de este centro parten rayos que van á la Persia, la India, Grecia, Italia, las Galias, la Germania y la Lituania.

muy frecuentemente terminadas por el exterminio, ó al menos por la esclavitud de los vendidos. Alguna vez, subiendo la marea, impulsará á nuevos invasores contra antiguos poseedores; inútilmente serán unos y otros de la misma descendencia. El encarnizamiento no será menos terrible, y la historia, como la poesía, tendrá que deplorar el carácter inhumano de estas fratricidas guerras.

Estos ejemplos serán desgraciadamente bien raros; pues dado caso que á largas distancias se encontraren, conocerán dos pueblos del mismo origen; embelesados al oír una voz comun, un lenguaje de familia, al volver á ver los altares de la patria, se unirán entonces y depondrán las armas; ofrecerán al mismo tiempo una doble víctima, y tomando por testigo al Dios protector de la alianza jurada, estrecharán con más sólidos y unidos lazos su antiguo parentesco.

Pero, ¿á quién le será dado narrar todas las peregrinaciones? ¿A quién referir todas las diversas suertes de las emigraciones? ¿Cómo determinar la consanguinidad de las tribus y de las familias? A la vista de una nueva tribu, apareciendo de repente en la noche de los tiempos, ¿se podrá asignarla un origen cierto, designar su punto de partida, su ruta misma? Está reducido, á pesar de muchas indagaciones, casi únicamente á conjeturas. Y por tanto, hay en ellas, antes del siglo XV de la era cristiana, cierto número de hechos, confusos sin duda, y extrañamente mezclados de fábulas y de símbolos, incontestables sin embargo, é inscritos con indelebles rasgos en el carácter de las naciones, ó sobre la superficie del globo.

Así, la primera dispersion de los arios parece remontarse, según lo hemos indicado, á 2500 años antes de Jesucristo (1). Muchos caminos están abiertos á los viajeros. Al N., es

(1) Esta es la opinión de M. Pictet, que invoca á este propósito para la fundación del imperio ario-indio, los cálculos astronómicos de Bailly, revisados por el doctor Playfair; *Remarks on the astronomy of the Brahmunes*, presentados al fin del último siglo á la Sociedad real de Edimburgo. (Véase también á Chvolson, *Über die iberreste der Alt-Babylonischen Literatur* (sobre los restos de la literatura de la antigua Babilonia.)



probable que las principales tribus se extendiesen gradualmente hacia el Oxos; ocuparían las partes habitables de la Bucaria, para extenderse después ya á regiones más septentrionales, ya hacia el mar Caspio. Otras, las que se designan con el nombre de Ario-Celtas, rodearían el mar Caspio por el Sud; allí encontrarían las fértiles y bellas comarcas de la Iberia y de la Abania, y harían allí una parada más ó menos prolongada, cuyo recuerdo debía sobrevivir á sus establecimientos. Más tarde, nuevos enjambres continuarían la ruta hacia el Occidente, dejando á los países, á los ríos y á las montañas los nombres que recuerdan las huellas de su paso (1).

Estos javanas, estos hijos del Javan del Génesis, que se reparten las islas de las naciones; estos *Iuna* ó *Iunoje* de las inscripciones cuneiformes; estos *Javanas*, de quienes las leyes de Manú han conservado el recuerdo (2), son el lazo de unión de la Grecia con la Persia y con la India. Y en fin, los getas y los dacios al N. constituyen el primer anillo de una cadena, cuyo segundo anillo se encuentra en la Tracia dardania, y que conduce hasta la Germania y la Scandinavia (3).

Tales son las diversas emigraciones que, desde el vigésimoquinto hasta el sexto siglo antes de nuestra era, se realizaron hacia Europa.

Por lo demás, á poco que se profundicen los orígenes de nuestros pueblos occidentales, se nota que llevan, á pesar del silencio de su historia, los caracteres de una remota antigüedad. Algunos, más vanidosos ó más ignorantes, relacionan con la tierra misma su primer origen. Se llaman autochtones ó aborígenes (4), nacidos del suelo; esta es una manera de confesar que el recuerdo de su primitiva patria se ha

(1) Así se encuentran Aryas en el Cáucaso, *Arioi*; Iberos en el mar Caspio como en España; los *Eraya* en Irlanda; un *Abany* en la *Hilibernia* Británica, como una Albania en la *Iberia* caucásica.

(2) Schlegel lo hace notar.

(3) Pictet, *los Aryas primitivos*.

(4) Algunos eruditos notan que este nombre de aborígenes puede traducirse por hijos de las montañas (*oros*, montañas), es decir, razas montañosas, ó venidas de más allá de las montañas.

perdido; por consiguiente, que la emigración data de lejos.

Otros, más francos y menos orgullosos, reconocían que vinieron de una región extranjera, y como los *kipris* de la isla de Bretaña dicen en los cantos de sus bardos, celebrando las *tres columnas* del pueblo: «Vinieron de Deffrobani (1); vinieron del país del Estío.»

En esta declaración está la verdad; la ciencia moderna lo demuestra. El lenguaje, las tradiciones, las costumbres y la conformación física, conducen invenciblemente al origen oriental (2), á la raza de Jafet, á estas familias en las cuales contamos á nuestros antepasados.

Caractéres generales las juntan, y acusan una unidad que no desaparece bajo diferencias de otro orden. Son naciones hermanas, de las cuales se puede decir con el poeta:

.....Facies non omnibus una,
Nec diversa tamen, qualis decet esse sororum.

La diferencia estará en la ruta seguida, en las influencias del clima, de la estancia ó de las cualidades físicas; la semejanza estará en los rasgos permanentes, en las instituciones, en las costumbres, en las doctrinas religiosas.

Así, verosímilmente, la Europa fué invadida por dos vías principales. Las inmensas llanuras de la Tartaria, las vastas llanuras de la Rusia europea y los puertos del Cáucaso, abrieron por el Norte un camino que conducía á la selva herciniana, cuyas espesas sombras cubrían la Germania y las Galias. Por otro lado, el Asia Menor, todavía quizá unida á nuestras costas occidentales por el Bósforo, suministraba un paso que por otra parte los primeros ensayos de navegación encontrarían en las numerosas islas del Mediterráneo. Desde allí, é inde-

(1) «Allí donde está Constantinopla,» añade un comentador. Taliesin, *Trinidades de la isla de Prydain*, en *Archæology of Wales*; Thierry, *Historia de los Galos*, t. I.

(2) El origen indo-europeo de las lenguas célticas, todavía hoy pobladas, es decir, el Kimrico en la Baja-Bretaña, el gaélico en Escocia y en la isla de Man, y el corno en el país de Gales, está perfectamente demostrado. (Véase á Pritchard, *The eastern of the cellic nations*; Pictet, *Afinidad de las lenguas célticas con el sanscrito*; Bopp, *Keltische Sprachen*.)



pendientemente de intermediarios senderos, se establecieron las dos grandes corrientes de población, una septentrional, otra meridional.

Que los hombres del Norte llegaran antes ó después que los del Mediodía, siempre se mostrarán con más rudeza, con más tosquedad; méenos sensuales, méenos civilizados, pero en cambio se mostrarán más enérgicos, y esto se concibe. Habían tenido que sufrir pruebas más penosas; les había sido necesario sojuzgar los hielos y las nieves, y sufrir todos los rigores de una naturaleza ingrata. En medio de estas sombrías selvas, de estas incultas llanuras, los gérmenes de civilización habían desaparecido. El presente, la vida del día, era casi la única preocupación. A la inestabilidad de la suerte, á todos los riesgos que acompañan á las emigraciones, y que neutralizan tan completamente toda otra prevision, se unían mayores y especiales cuidados en estas tristes comarcas. Por todas partes el hombre tenía que limitarse á luchar por su vida, tenía necesidad de confiar en su fuerza personal, y no extenderse más que al cuidado de su existencia.

El hombre del Mediodía, por el contrario, que ha atravesado latitudes méenos ingratas, que no se ha apartado de esas bellas regiones que fecunda el sol, permaneció más sociable. Formó más pronto establecimientos permanentes; fué más industrioso, más agricultor.

Los recuerdos del antiguo Oriente fueron cuidadosamente conservados por él, y no se extrañará encontrar en él creencias, artes, genio, en fin, que recuerdan las obras de Babilonia.

En cambio, todos los hijos de Jafet tendrán una fisonomía nacional singularmente pronunciada, que resalta absolutamente con la de los descendientes de Sem y de Cam.

En Asia, propiamente hablando, el individuo no existe; desaparece ante la casta; en Europa tiene una importancia positiva y una representación política. Así el despotismo oriental será desconocido en nuestro Occidente. El hombre tiene más confianza en su poder individual para prescindir y hacer abstracción de él; por todas partes reivindicará su derecho, aun bajo la monarquía. La Europa va á ser la tierra de las asociaciones, y la federación se

encontrará en los más antiguos períodos de su historia. Jamás aparecerán vastas dominaciones, poderes colosales en donde el hombre no puede reputarse individual y libre. Siempre Estados de mediana extensión, en donde, aun bajo un rey, el pueblo tiene parte en la acción del gobierno. Si es necesario combatir, ya para rechazar la agresión, ya para realizar alianzas, se forman ligas; pero aunque en todas partes estas son individualidades, monarquías, aristocracias, democracias, poco importa, pues todas están fundadas en el valor personal del hombre. En una palabra, el Asia tiene imperios, satrapías, señores y esclavos; Europa tiene *Respublica*, cosas públicas, comunidades, derechos de todos.

Otro carácter de estas razas es la exclusión de las castas asiáticas. El fuerte y el bravo tienen por su fuerza y por su bravura un derecho imprescriptible y que no podían negarles los que habían defendido ó sometido.

Uno de los rasgos brillantes de las poblaciones nuevas, es la más rápida desaparición de las verdades reveladas, es el olvido de las primitivas tradiciones. No porque la religión perdiese su influencia, no porque no existiesen entre la mayor parte de estos pueblos clases de sacerdotes, numerosas y potentísimas, sino porque, en realidad, con los cuidados de la vida material desaparecieron muy preciosas y consoladoras lecciones. No veremos en las cosmogonías y teogonías del Occidente tantos resplandores escapados del seno mismo de las tinieblas. La oscuridad es más densa, más tupido el velo: tejido de mil diversos errores, es más difícil de rasgar. Entre estos pueblos más que en parte alguna es donde vive y reina el culto de la naturaleza que se ha tenido que vencer y dominar; entre ellos más que en parte alguna el hombre es divinizado, en recompensa de los servicios á sus semejantes. Estos rasgos son principalmente los que caracterizan á los hombres del Norte.

Parecidos, aunque méenos profundamente impresos, se reproducen en la segunda familia, que vino más directamente del Asia y de más cerca los recibió. Estos tuvieron méenos penas que sufrir, méenos dificultades que supe-



rar. Olvidó méenos las artes de la patria; allí existe algun recuerdo de Babilonia y de sus gigantescas construcciones en los informes y sólidos monumentos que dejaron sus tribus. Hay en sus traficantes en metales y en sus intrépidos mineros, en sus encantadores y en sus magos, no sé qué afinidad con los arameos, los parsis, los cananeos, que salta á la vista desde luego. Entre ellos, sin embargo, las clases sacerdotales perderán mucha de su influencia; no serán ya castas completamente poderosas. La religión monoteísta por el recuerdo, se concentra al punto en un pequeño número de divinidades, curiosos restos de antiguas tradiciones; pero esto es para aceptar en seguida una multitud infinita de dioses. Hay también en estas poblaciones un extraño anhelo de independencia, de cuyo deseo sólo puede dar idea el árabe.

Rara vez hay en ellos fusión entre las tribus y las familias; cualesquiera que sean los lazos de parentesco, de peligros, de victorias, casi siempre son pequeños pueblos, casi nunca grandes y fuertes naciones. El único lazo que les mantendrá unidos será el vínculo religioso, la comunidad de altares y de santuario.

En Oriente, las nacionalidades descansan sobre una creencia; un libro sagrado constituye la carta de una nación, la piedra augusta de una sociedad; es su constitución, su vida. En Occidente, no hay estos códigos sociales y religiosos; la unidad de culto es una supremacía que se complacen en reconocer cierto número de poblaciones. El gran ídolo, es esa divinidad, hija del desierto, conquistada en los dolores y en los rudos trabajos de la soledad, es la fuerza individual, es la libertad.

Así, pues, ¿cómo consentiría en encorvarse bajo el yugo de un déspota este hombre fuer-

te, este guerrero que acababa de domar la naturaleza misma? ¿Cómo había de bajar su frente ante un señor el héroe que había trepado la montaña ó derribado el monstruo de las selvas? Un jefe era reconocido y respetado, porque era el más bravo; gobernaba por el derecho del valor, y el derecho de sucesión procedía del derecho de elección; pero el sujeto no había enajenado por completo su soberanía. La recobraba bajo el roble de la libertad, en las asambleas de la tribu, y dictaba frecuentemente su voluntad al príncipe, que no reinaba más que por él y para él.

De aquí, en los hombres del Norte como en los del Mediodía, esas formas de gobierno desconocidas en el Asia, esas autoridades coexistentes y trabajando todas ellas mancomunadamente en favor de la unidad social, esos consejos, esos tribunales de ancianos y de prudentes, esas asambleas del pueblo, esos comicios nacionales, esa ciudad y ese derecho de cada uno, que ignoraban los grandes imperios orientales.

Así se estableció la línea de demarcación entre los mundos, línea que los siglos harán todavía más profunda y más visible.

Será, sin embargo, un error el creer que ha desaparecido toda semejanza con los pueblos del Asia. El primitivo tipo ha sobrevivido y sus rasgos son títulos de familia por los cuales se vuelve á encontrar la fuente antigua. Como los héroes de estos legendarios tiempos, aparece desde luego desconocido el origen de las naciones occidentales; pero ellas llevarán en el destierro como hijos perdidos de la gran raza humana, las insignias y caracteres que deben un día hacer reconocer la nobleza de su sangre.

Estos diversos caracteres son los que vamos á retratar.